

biera corrido al punto á vengar los ultrages cometidos contra el Vicario de Jesucristo, si los intereses de la Religion no le obligaran á permanecer todavía algun tiempo en Alemania.

36. Los esclavones habian apostatado, y se abandonaban á los desórdenes mas espantosos en la Sajonia baja (1). La muerte de San Libencio ó Lievizo, acaecida en estas circunstancias, se reputó como una nueva calamidad, pues por ella vacaba la silla metropolitana de Bremen y Hamburgo, cuando mas importaba sentar en ella un prelado que siguiese las huellas de su predecesor. Dirigió el santo arzobispo á su clero la noche antes de morir una exhortacion patética y acomodada á las circunstancias en que se hallaban con motivo de la division de la iglesia romana. „Hijos míos, les dijo, aprended de mí á no desconfiar jamás de la bondad de Dios. Yo he servido al Papa Benedicto, refugiado en este pais, por mas que han trabajado para apartarme de su obediencia. Le he sido fiel mientras ha vivido, y despues he sido elegido por prelado vuestro, como habeis visto, aunque indigno de esta distincion.” Es muy verosímil que hablaba de Benedicto V, depuesto en tiempo de Oton I, y conducido á Hamburgo donde finaron sus dias. „Perdonémosnos con gusto, prosiguió, todas las faltas que hemos cometido unos contra otros; y si teneis alguna confianza en mis consejos, elegid para el gobierno de nuestra iglesia á nuestro hermano Oton, y pedid á Dios que merezca vuestra eleccion el beneplácito del Rey.”

(1) *Adam. lib. 2.*

Eligieron en efecto á Oton; pero el Rey no quiso consentir en ello, y presentó á su capellan Unvano, al que admitieron sin dificultad los diputados de la iglesia vacante, dándole el palio el Papa Benedicto VIII. No solo era recomendable Unvano por su nacimiento, sino tambien por el santo uso que hacia de sus grandes riquezas. Estaba dotado de no menos afabilidad que beneficencia, con un carácter y unos modales que le grangearon el amor universal. El deplorable estado de su diócesi y de los paises circunvecinos, ofreció un campo muy vasto á su liberalidad.

37. Trató á los esclavones con tanta dureza el duque Bernardo en la Sajonia alta, y el marqués Teodorico en la baja, que aquellos pueblos poco instruidos aun y débiles en la fe, sacudieron al propio tiempo el yugo del imperio y el de la Iglesia. Recorrieron, en los primeros movimientos de su desesperacion, armados de hierro y fuego, todo el pais que está al norte del Elba; abrasaron y demolieron todas las iglesias, despojaron de la vida con todo género de suplicios á los sacerdotes y á los demás ministros de la Religion, y en fin destruyeron al otro lado del rio hasta las señales del cristianismo. Esclavizaron en Hamburgo á muchos, así del clero como de los demás habitantes, y á los restantes los pasaron á cuchillo en odio del nombre cristiano. En Aldimburgo, que era una de las ciudades mas numerosas de aquel pais, fueron degollados como animales encerrados en una carnicería, á escepcion de sesenta eclesiásticos que reservaron para egercitar con ellos

y en traje de mercader de iglesia en iglesia, á fin de averiguar mejor su estado. Los estudios le merecieron mucha atencion; y la escuela del Paderborn pasó por una de las mas florecientes de aquel siglo, así en las artes liberales como en la poesia, en la historia, en el arte de escribir, y aun en la pintura. Apreciaba tanto el instituto y regularidad de Cluny, que pidió á San Odilon algunos religiosos para fundar un monasterio cerca de Paderborn. Hizo llevar, con la regla y los libros del canto, el peso del pan y la medida del vino, y luego que llegó fundó en honor de San Benito una capilla, que mediante la beneficencia del Emperador se convirtió en una célebre abadía.

42. Pasó Enrique al salir de Francia al monasterio de la nueva Corbia, situado en Sajonia en la diócesis de Paderborn; mas aquella famosa cuna de la vida regular en Germania, no tenia ya nada de su antigua regularidad (1). Escitó el celo del Emperador la vida relajada de unos monges tan diferentes de sus padres, y trató de réformarlos. Parecíales que la inveterada costumbre de vivir en medio de los vicios, era un título legítimo para no desprenderse de ellos; y se resistieron con tanta arrogancia, que fue necesario encarcelar á diez y seis de los mas revoltosos. Meinverco, obispo diocesano, quiso despues celebrar allí el santo sacrificio, y el sacristan tuvo la osadía de negarle los ornamentos. El abad Valon, fautor de la relajacion y del tumulto,

(1) *Chron. Sax.*

fue depuesto canónicamente, y se puso en su lugar al monge Drutmaro, de la abadía de Loresheim; lo que disgustó tanto á los monges de Corbia, que todos ellos, á escepcion de nueve, tomaron el partido de retirarse; bien que despues volvieron muchos, y se sujetaron á la reforma.

43. Era tal la estimacion que merecia la vida monástica al religioso Emperador, que quiso renunciar el trono para profesarla (1). Complaciase de tratar con los dignos solitarios frecuentemente; fue íntimo amigo suyo y tuvo mucha familiaridad con él el beato Ricardo, abad de San Vannes de Verdun. Principió á conocerle el Emperador por medio del conde Federico, pariente de Ricardo, á cuyo egemplo renunció el mundo, llegando al mas alto grado de abnegacion y de humildad religiosa: lo demás fue obra del mérito y carácter de Ricardo. Su ciencia y talento, su superior sabiduría, un discernimiento esquisito, aquel genio igual é inalterable, efecto de la moderacion de todas las pasiones, y unos modales afables y atractivos, todo contribuía en él á hacer que amasen la virtud aquellos á quienes exhortaba á abrazarla; y poseía en tan alto grado el talento de apoderarse de los corazones, que le habian dado el sobrenombre de *Gracia de Dios*. Poseyó no solo la confianza del santo Emperador Enrique, sino tambien la del Rey Roberto, de Balduino, conde de Flandes, y de la mayor parte de los prelados de la Galia Bélgica, quienes á porfia pusieron bajo su di-

(1) *Mirac. B. Bich. num. 3. Act. Rened. sæc. VI.*

reccion los monasterios de sus diócesis en que era necesaria la reforma. Estos fueron, entre los mas considerables, los de la antigua Corbia, San Amando, San Bertin, San Waast de Arras, San Huberto, Lobes en el pais de Lieja, San Vandrillo en Normandía, San Vicente de Metz y San Evro de Toul. Así el monasterio de San Vannes, poco conocido, aunque de mucha regularidad en tiempo del santo abad Fingen, irlandés, adquirió bajo el gobierno de su sucesor Ricardo tal reputacion que bastó á fijar la eleccion del Emperador.

44. Cuidando el abad Ricardo del lustre exterior de su casa, no menos que de la observancia religiosa, aumentó en extremo sus edificios. Un dia que miraba el Emperador las obras que habian restablecido, experimentó al entrar en el claustro cierta impresion religiosa, y dijo estas palabras del salmo: *este es el lugar de mi descanso: esta es la morada que he elegido para siempre.* Reflexionó sobre ellas el obispo Heimon que acompañaba al Emperador con el abad, y cuando tuvo ocasion de hablar á solas con este, le dijo: „el Emperador trata de abrazar la vida monástica, y de quedarse con vosotros. Mirad lo que haceis, porque si le admitis vais á hacer infeliz el imperio.” Ordenó sus ideas Ricardo, y halló este expediente para satisfacer á la piedad del Príncipe sin perjudicar al estado.

Reunió su comunidad, y rogó al Emperador que se explicase delante de todos los religiosos. Enrique vertiendo copiosas lágrimas dijo que habia resuelto

dejar las vanidades del siglo, y consagrarse al servicio de Dios en el monasterio en que estaba. „¿Ofreceis, dijo el abad, ser obediente hasta la muerte, segun la regla y el egemplo de Jesucristo? Respondió que lo anhelaba con todo su corazon. Pues yo, dijo el abad, os admito desde este momento en el número de los monges, y me encargo del cuidado de vuestra alma, si por vuestra parte prometeis egecutar en obsequio del Señor todo lo que yo os mande.” Enrique volvió á ofrecer que lo haria, y continuó el abad: „quiero, pues, y mando que os encargueis del gobierno del imperio que os ha confiado la bondad divina, y que en cuanto os sea posible procureis la salvacion de todos vuestros vasallos por medio de vuestra vigilancia y de vuestra firmeza en hacer justicia.” Sintió mucho el Emperador este precepto no esperado, y aunque le obedeció, se consideró ya como discípulo del abad Ricardo. Asistia muchas veces á platicar con él, y los consejos y máximas de este hombre santo, fueron siempre la regla de su conducta.

45. Conoció desde luego la Italia la discrecion con que habia obrado Ricardo, y la necesidad en que estaba el imperio de un caudillo como Enrique. Los sarracenos utilizando la ausencia de este Príncipe, desembarcaron en Toscana, y se apoderaron de una estension considerable del pais. El Papa Benedicto temió el peligro que amenazaba á la ciudad de Roma; pero manifestó una resolucion que no era de esperar á vista de los temores que le asaltaron al entrar en

mas lentamente su crueldad. Les cortaron en cruz la piel de la cabeza, les abrieron el cráneo de suerte que se les veían los sesos, y atándoles las manos á la espalda, los pasearon por todas sus villas y lugares sin cesar de herirlos y atormentarlos, hasta que exhalaron el último aliento. Los autores contemporáneos añaden que podria escribirse una historia, si se hubieran de referir los tormentos que sufrieron todos los mártires inmolados por los esclavones en esta horrible sublevacion. Así desertaron del cristianismo los bárbaros que habitaban entre el Elba y el Oder, despues de haberle profesado mas de setenta años, esto es, durante los reinados de los tres Ottones, porque hasta despues de la muerte del último de estos Príncipes, no recurrieron á las armas para recobrar su libertad, aprovechándose de las dificultades suscitadas á causa de la sucesion.

38. Luego que el Rey Enrique tomó las providencias mas eficaces para contener los desórdenes de la rebelion, trató con el mayor empeño de restablecer á la Cabeza de la Iglesia en el goce de todos sus derechos. Y tranquilizado todo con su llegada á Italia, no tuvo dificultad el Papa en presentarse en Roma mientras aquel Príncipe ordenaba en Pavia los asuntos de Lombardía. Pasó el Rey poco despues á la capital del mundo cristiano, y el dia 22 de Febrero, fiesta de la Cátedra de San Pedro, fue á la iglesia del santo Apóstol para coronarse Emperador. Iba con la corona real en la cabeza, acompañado de la Reina Cunegunda su esposa, y rodeado de do-

ce senadores, seis afeitados á la romana, y los otros seis con largos bigotes á la francesa y con baston en mano. El Papa le aguardaba á la puerta de la iglesia, y antes de introducirle en ella le preguntó si queria ser el protector de la santa Sede, y mostrarse fiel en todo á los Vicarios de Jesucristo. Habiendo respondido el Rey que lo prometia, tomó el Papa la corona que llevaba antes Enrique, la cual habia estado colgada delante del altar de San Pedro, le consagró, y en seguida le coronó Emperador con la Reina su esposa. Hecho esto, le presentó una manzana de oro en que habia una cruz del mismo metal, y adornada con dos órdenes de piedras preciosas, ordenadas tambien en forma de cruz. Representaba ésta la concordia del imperio con la religion, y el resplandor de las virtudes necesarias para conservarle. Entendió el Emperador la significacion de este presente simbólico, y dijo al recibirle: „Quereis enseñarme, Padre Santo, como debo gobernar mis estados; pero este globo no conviene perfectamente sino á los que han renunciado las pompas del mundo para seguir mas religiosamente la cruz.” Aludia con estas piadosas palabras á los piadosos solitarios de Cluny, cuyo monasterio tenia la reputacion de ser el mas exacto en la observancia de la regularidad entre todos los del mundo, y al que destinó desde entonces aquel regalo honorífico. Concluida la coronacion, dió el Papa una gran comida al Emperador y á la Emperatriz.

Estando platicando este Príncipe con los sacerdo-

tes de la iglesia romana, les preguntó por qué no cantaban el símbolo despues del Evangelio, como se practicaba en las demás iglesias; á lo que contestaron, que no habiendo caido la iglesia de Roma en ninguna heregía, no tenia necesidad de declarar su fe por medio de esta confesion solemne. El Emperador sin contradecir, consiguió del Papa Benedicto que en lo sucesivo se cantase el símbolo en la misa los dias festivos. Logró tambien de él, antes de salir de Italia, que consintiese en la erección del obispado de Bobio, que parecia necesaria á los obispos de la provincia, contribuyendo liberalmente á su fundacion.

39. Hecho esto tomó el camino de Alemania, dirigiéndose por Francia, donde queria ofrecer por sí mismo sus regalos en Cluny, y volver á ver al santo abad Odilon, á quien veneraba mucho profesándole una amistad verdadera. Habia sucedido Odilon en el año 994 á San Mayeul, cuyo coadjutor habia sido dos ó tres años antes. Habíase hecho recomendable Mayeul con los Reyes y con los varios Príncipes de Francia, quienes le movieron á restablecer la regularidad monástica en sus estados: se concilió el aprecio de Oton el Grande, y puso á su cargo este Príncipe todos los monasterios reales de Italia y Alemania (1). Conformóse Odilon con las miras de su predecesor en todas estas ocupaciones, sostuvo su crédito y consiguió el mismo favor de estos Soberanos. Mas entre todas estas personas augustas se puede decir que el santo Emperador Enrique fue principalmen-

(1) *Vit. Act. Bened. sæc. VI.*

te el amigo y protector de Odilon, visitándole con la mayor frecuencia que podia, y llevándole algunas veces á su corte.

40. En la visita que le hizo despues de haber sido coronado Emperador, puso en el tesoro de la iglesia de Cluny el globo de oro que acababa de recibir del Papa, el manto imperial, la corona, el cetro y un crucifijo todo de oro; cuyas alhajas eran de peso de cien libras. A esto añadió un terreno considerable de la Alsacia, encomendándose eficazmente á las oraciones de los religiosos; y juzgando obtener un favor de mucho precio por haber sido asociado á aquella santa comunidad.

41. El Emperador tenia en su compañía al santo obispo Meinverco, cuya modesta virtud habia conocido en medio del tropel de los cortesanos, y le elevó á la silla de Paderborn (1). Meinverco, pariente del último Emperador que le habia nombrado capellan suyo, gozaba de unos bienes de fortuna proporcionados á su ilustre nacimiento; y si aceptó aquella silla, que hasta entonces no habia sido muy rica, fue con el objeto de hacerla una de las mas poderosas de Alemania, así por los grandes donativos que la ofreció, como por su inclinacion á una noble economía. Cuando tomó posesion de ella, reedificó magníficamente la catedral, arruinada por los bárbaros. Sin embargo, los cuidados temporales ocupaban la menor parte de su actividad. Era tal la vigilancia con que visitaba su diócesis, que algunas veces iba solo

(1) *Vit. S. Meimberc.*